



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

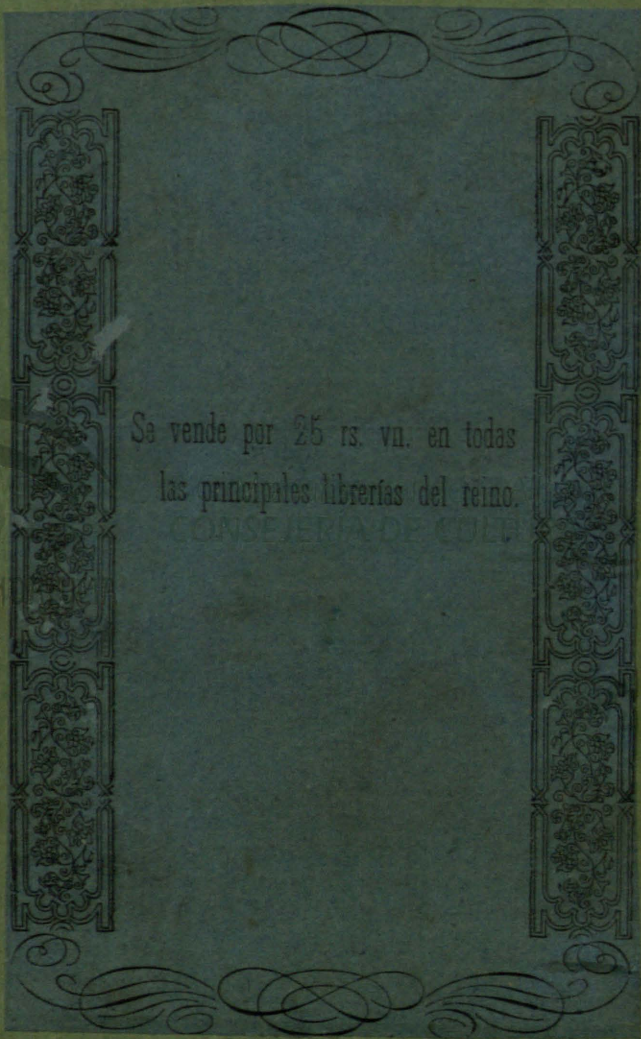
We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

O. P. / 6 / 7.0.



Se vende por 25 rs. vn. en todas
las principales librerías del reino.
CONSEJERIA DE CULT.

JUNTA DE AN...



Artículos

DE COSTUMBRES

DE LITERATURA Y DE TEATRO

POR

Don Nicolás de Poda.

CONSEJERÍA DE CULTURA



A-1
2
12

GRANADA:



IMPRESA DE BENAVIDES, CALLE NUEVA DEL MILAGRO, NÚMEROS 5 Y 7.

Enero de 1845.

INSTITUTO DE ANDALUCÍA
BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A-1

Tabl.

2

N.º

12




JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

INTRODUCCION.

..... Ni las ilusiones son alimento bastante para el que vive y bebe en un siglo tan positivo como el nuestro.

Nicolas de Roda. (He vuelto.)



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Hé aquí en resúmen el pensamiento que predomina en los mas de los artículos críticos que don Nicolas de Roda ha publicado en varios de los periódicos que sucesivamente han visto la luz en esta ciudad, y que hoy, cediendo á las instancias de sus amigos, ha reunido en este volúmen. Y ¿qué significa aquel grito repetidamente lanzado, sino la espresion de amargo desden con que un alma que ha sufrido mucho mira todas las cosas de la vida? Y cuenta que este alma se ha alimentado de ilusiones durante mucho tiempo, hasta que la fria realidad las ha ido disipando una á una. Ya solo le quedaba llorar ó reirse de ellas; ha preferido reirse, y en verdad que ha hecho bien; porque, ¿quién no se ha de reir al ver el esfuerzo con que una sociedad ambiciosa, incrédula, hipócrita y ahita procura aparecer virtuosa, religiosa y

aun sencilla, cuando estas virtudes prestadas son un ligerísimo barniz que se cae al menor roce de intereses encontrados, apareciendo en definitiva *que todo es mentira*, como con mucha razón repite el señor Roda en sus artículos? Y sin embargo, á veces en medio de la risa brota involuntariamente una lágrima de dolor, al considerar ese afán de engañarse que todos tienen en esta sociedad ilustrada por escelencia, como la preconizan muchos; al ver la indiferencia sistemática en unos, el optimismo absoluto en otros, la hipocresía en estos, las pretensiones ridículas en aquellos, y dominándolo todo la *duda*, fatal herencia que el espíritu filosófico y analítico exagerado del siglo anterior ha legado al actual, en que todo es de transición, así las creencias religiosas como las políticas y las literarias.

Estraño parecerá que el autor de estos artículos no haya imitado el ejemplo general, reducido á dejar la sociedad tal como es en sí sin procurar reformarla; pero cuando se tiene el alma del temple de la del señor Roda, no se puede permanecer espectador impassible de los vicios de que adolece; y si bien no pretende reformarlos, pues sería una cosa punto menos que imposible, los denuncia con colores vivos, ya emplee los de la sátira festiva, ya los del acerado sarcasmo, ya la sentida y profunda lamentación.

El estado de continua guerra en que con pocos intervalos nos encontramos desde principios de este siglo, la importancia que han adquirido las cuestiones políticas en esta época de revolución y de reformas, que al par que absorben la inteligencia y la vida de los que á ellas se dedican, les abren el camino de los honores y de la preponderancia social, han hecho que aun cuando se haya conocido la necesidad de poner

remedio á los abusos, miserias y ridiculeces sociales, haya habido pocas personas que emprendan esta lucha, para la cual se necesitan tiempos bonancibles y completa libertad de espíritu. Así, cuando uno ú otro escritor ha sabido conservarse, si no indiferente á aquellas cuestiones, lo que no es posible, bastante libre á lo menos para hacer estudios severos sobre esta sociedad del siglo diez y nueve, y con una constancia que nada perturba, dedica los mejores años de su vida á su exámen filosófico, y nos presenta en una serie de cuadros la pintura de su fisonomía con los colores mas exactos, este escritor debe obtener nuestras simpatías. Obtúvolas el malogrado Larra cuando emprendió esta obra, que su vasto genio y su flexible talento habrían llevado á cabo, si la muerte no hubiera arrebatado á tan esclarecido escritor en medio de su tarea. Obtíenelas el elegante y dulce Mesonero, que en sus preciosos y bien delineados artículos del *Curioso parlante* ha empleado con feliz éxito el arma del ridículo. Obtenerlas debe en fin el señor Roda, que empleando alternativamente las armas de aquellos fuertes justadores, ha sido unas veces el rudo batallador que indignado sacude el látigo de Juvenal, y otras el amable contempORIZADOR que cantando y riyendo quiere corregir las costumbres.

En los bellos artículos del señor Roda *El invierno, La plaza del Triunfo, El cementerio, Clara y Estoy cansado*, de los que brota una dulcísima melancolía, aparece observador delicado y filósofo profundo. En *Qué hay de bueno, Las Carnestolendas, El gatillazo y Si me callaré*, aparece el amable burlon que con colores tal vez demasiado vivos, pinta las ridiculeces de la sociedad. En *Un domingo en Granada y Me voy al*

Liceo, adopta el género descriptivo y sacude sin piedad el látigo al contar con admirable verdad ya los azares de aquellas tertulias que vulgarmente se denominan de medio carácter, ya las diversiones y solaces del pueblo en los días festivos. En suma, el señor Roda ha manifestado en esta serie de artículos, que pueden llamarse estudios sociales, un exacto conocimiento del corazón humano, describiendo con verdad filosófica los múltiples y variados cuadros que se ha encargado de delinear.

Pero no son solo estos los que se encuentran en esta colección, los hay también críticos de teatros, en que el señor Roda juzga, apoyado en los inmutables y eternos preceptos del buen gusto, las más notables obras dramáticas que se han ejecutado en el de esta ciudad en los años desde 1840 hasta ahora. Hállanse también en ella otra clase de estudios sobre *La influencia del teatro en las costumbres* y vice versa, y sobre otros puntos filosóficos en que se muestra tan erudito como lógico. Hállanse en fin otros descriptivos como *Mi viaje*, escrito con notable facilidad y verdad.

En suma, el señor Roda publicando este volumen, ha hecho un servicio á la literatura, que será apreciado debidamente por todos los hombres que se interesen en la mejora intelectual del país, como fueron apreciados con justicia sus artículos cuando vieron la luz pública por primera vez en la *Alhambra* y en la *Tarántula*, por los numerosos lectores de aquellos excelentes periódicos.

Luis de Montes.

De nuestro.

No vayan á creer por el epigrafe de este artículo que soy otro del que era; soy el mismo con mis ribetes de malicioso, mi mania de ver las cosas malas como son, y no buenas como hipócritamente quieren que las vea, y sin dárseme un bledo de los miserables que murmuran de mí. Serà cosa imposible enmendarme, porque segun el dicho de un respetable literato, mi amigo, cuatro cosas inútiles se hacen en esta vida entre las muchas que ejecuta el hombre: predicar á frailes, confesar rameras, espulgar perros y dar consejos á viejos: y yo, aunque no lo soy mucho, lo soy lo bastante para no hacer caso de los que me mordiscan como perrillos falderos. Todo tiene sus inconvenientes en este picaro mundo; pero los tiene mayores, á mi entender, el mentir, que sobre ser un pecado dejarían mis lectores de saber la verdad. La verdad, que en los tiempos que hemos alcanzado es descubrir la cuadratura del círculo; es encontrar la piedra filosofal; es ver fidelidad en las mujeres; es hallar salida en este laberinto de pasiones, de intereses y de enigmas. Y así como así, ¿qué puedo yo decir que no sepais? Vosotros veis diariamente mas que yo y mas que quisiérais ver: teneis en vuestros ojos y en todos vuestros sentidos las puras aguas del Dauro y las puras costumbres de la sociedad; así

pues, nada arriesgo en deciros ni vosotros en oír. Escuchadme sin murmurar, que será difícil, porque me malicio que entre vosotros y yo no hay mas diferencia que la que existe entre el sabio y el necio; el uno dice tonterías y el otro las hace. Yo digo verdades y vosotros haceis que las diga.

He vuelto quiere decir, que despues de haber vivido algun tiempo en la Alhambra, donde si no tenia todo lo que queria, gozaba de las flores, de las aguas puras y abundantes, poesia, palacios, torres y recuerdos, no tenia ilusiones, porque ya no las puedo tener, bien á pesar mio; ni las ilusiones son alimento bastante para el que vive y bebe en un siglo tan positivo como el nuestro. Con mi manía de no estar parado como los planetas, eché á andar y viví unas veces en el Boletín, casa tal cual cómoda y decente, supuesto que en ella se hospedan las reales órdenes, las leyes y los mandatos de la autoridad; otras veces anduve en hoja suelta, como si dijéramos en casa de pupilos, recordando nuestros felices años de estudiantina y de alegría; y andando de ceca en meca sin contentarme nada, sin satisfacerme nada, y lo que es peor que todo sin contentarme de mí mismo; cosa en verdad que no sucede ya con frecuencia, porque personas conozco yo que así son bonitos como un mico, y sin embargo se creen Narcisos. A pesar de todo, algo tendré yo de bueno cuando me admiten en todas partes, cosa que me consuela en mis afanes y cuidados.

Despues de andar vagando como el pensamiento de un poeta; ó como los granadinos, que no están contentos mas que el dia que mudan de casa, ó como la coqueta que muda de amante y de moda todos los meses, me fijo por último en la Alhambra. No me tocará en suerte uno de sus palacios, ni la casa del gobernador; pero me instalaré en la torre de la Vela, en torres Bermejas ó en otra cualquiera, desde donde dominaré la ciudad y no seré dominado por ella. Allí recordaré las Zoraidas, Zulemas y las demas bellezas que adornaron con su hermosura esta deliciosa mansion, y me consolaré pensando que si no ten-

go ahora Zoraidas, tengo Juanas, Antonias y Franciscas; que si no son nombres poéticos y románticos, son lo bastante para pasar este tiempo que llaman vida. Allí, alguna vez, se me figurará ver mis abuelos los Gomeles ó Abencerrajes, y cuando a mis solas converse con ellos, me quejaré de la ingratitud de no haberme dejado nada ni de sus glorias, ni de sus vestidos, ni de sus riquezas, ni siquiera un pedazo de torre en que vivir. Si no fuera porque murmuraran de mí, diría que éstos mis antepasados no tuvieron, del todo, buena vida y que amaban mas á los hijos naturales que á los legítimos.

Desde allí, desde mi torre, con mi anteojo penetraré en las casas, en el teatro y en las calles. Algunas veces seré alegre, otras serio y siempre verídico y justiciero. No fijaré tiempo en mis observaciones, porque puede ser que no las cumpla, y porque en punto á método no quiero tener ninguno; estoy en que metódicamente se vive y se goza menos: usar de un mismo alimento siempre es de animales de cuatro piés; y pues que han dado en la manía de que el hombre es un animal racional, cosa en que yo no convengo, porque si tuviera razon no haria tantos disparates, parezcámonos á ellos, que en esto no hay peligro, y despedámonos diciendo lo que un cierto amigo mio asaz gracioso, que cuando salía de su casa en el mes de abril, y le preguntaba su mujer cuándo volveria, respondia: si no he venido para su tiempo, haz la matanza.

JUNTA DE
bra y Generali

EL INVIERNO.

Si el invierno, según un célebre escritor, es el tiempo de la meditación para el hombre de espíritu, es el del hambre para el pobre: porque, nótese con cuidado, existe una gran diferencia en la manera de vivir del uno y el otro; en el primero, todo es cálculo, ilusiones perdidas y pocas veces realizadas, sacrificio de los demás á su interés y egoísmo: si alguna vez se manifiesta la virtud en él, es para ser sacrificada como víctima expiatoria del crimen. Volved la vista á lo pasado y mirad el presente: ejemplos terribles se nos presentarán que nos dicen mucho más que todas las teorías. El invierno es una especie de sombra que aparece á los humanos con la monstruosidad del crimen y los desengaños de la vida: «llorad y sufrid», es el lema que trae escrito con tintas de fuego y sangre. En lugar de las flores y de los aromas con que otra estación se engalana, esta se adorna con hojas podridas y flores contrahechas, como símbolo de hipocresía. Nos dice con voz terrible; cómo podemos gozar de recuerdos pasados, recuerdos siempre tristes, que nos hacen ver lo que somos y lo que hemos podido ser; en lo presente nos muestra miseria y debilidad: y para lo futuro nos enseña que nada se parece tanto á lo que ha de suceder, como lo que ha sucedido, y que no hay más esperanza consoladora que la de otra vida. Nosotros corremos en esta sembrada de infortunio, caudal que hemos hecho á tanta costa, con los ojos preñados de lágrimas para mirar lo pasado y lo presente; con ojos cerrados para

ver el porvenir: con toda vuestra ciencia, con vuestro espíritu cultivado ¿qué habeis hecho, inteligentes? Un campo santo, un cementerio donde encerrais, sin cesar, en cada nicho una esperanza, un desengaño, una ilusion; y donde se ven á cada momento los despojos de vuestra ignorancia y fanatismo. Si fuera posible dudar del espíritu á un creyente, yo dudaria; porque, tales son y de tal tamaño, los errores del hombre. Terrible argumento para el que recibió un arma para defenderse, con la que no ha sabido mas que herirse á si mismo; y destino que le lleva á hacer casi siempre lo contrario de lo que debiera.

Todas estas teorías vanas de que se cree adornado, ¿qué son para su bien? Han mejorado en algo su situacion?: perdido en ése laberinto de doctrinas encontradas, camina á tientas en la noche de la vida, y de tropiezo en tropiezo, de contradiccion en contradiccion no para hasta el precipicio. Ha sido fuerte para destruir la mitad de su ser, y con la otra no sabe hacer, ni qué es, ni adónde va, ni de dónde viene. ¡Pobre niño que no tiene padres que le alimenten en su orfandad, y que se ha creído que sin andaderas puede moverse, sin estar espuesto á despeñarse! Poco previsor anda por un camino que no conoce, y en el que á cada momento pierde la senda por donde debe marchar. Pasa un invierno y otro invierno sin aprovecharse de su esperiencia, y sin guardar una flor de la primavera de su vida. Es la cigarra que canta en el estío. Sus lágrimas son un riego inútil en el campo de la vida; y despues de tanto dolor, de sus inútiles conocimientos, de tan tristes esperiencias, dice todavia: «lo sé todo, lo puedo todo,» y no puede ni aun servirse á si mismo.

La vida del hombre es un invierno! algun otro dia de sol luciente brillá en sus años primeros, que oscurece la tempestad en el estado de lo que llaman razon. ¿Será razon vivir para dañar á los otros? Será el haber creado tantos errores como sistemas? Será no poder hacer su bien ni el ajeno? Qué ápice de felicidad nos han legado esos grandes hombres desde los griegos hasta nuestros

días? Que un invierno sucede á otro; una mentira á otra mentira; un error á otro error: que el hombre pasa el invierno de su vida sin una capa que le cubra de la intemperie, sin una chispa de fuego que caliente sus miembros desfallecidos. Ha querido mejor ser mendigo que ganar el sustento con su trabajo. El invierno le cobija por todas partes, y no ve en todo lo que le rodea mas que luto y sombras.

En una casa reducida, negra y miserable veo al pobre, para quien no hay sistemas, teorías ni pasiones; pero un invierno terrible le rodea. Tiene frio y no puede calentarse: tiene hambre y no tiene que comer. El sistema de los inteligentes y poderosos, le ha dicho: "yo soy para tí invierno; á mi me ha negado los consuelos el verdadero bien, soy tu señor y tu amo para que contribuyas á mis vicios y debilidades: pero cuando necesites de mi, cuando tengas frio y hambre no me busques: yo soy el invierno para mi y para los demas."

—Padre mio; dice el hijo del pobre, "me muero de frio"—Hijo, no tengo con que calentarte: ven á mis brazos y abrigate contra mi corazón. Esos hombres que llamamos señores me buscaron, y trabajé en su heredad, les llené sus graneros de frutos, sus bodegas de aceite y vino: trabajé para sus vicios, para que sufran un invierno mil veces mas penoso que el nuestro: cuando comemos el pan negro de que ahora carecemos, gozamos mucho mas que él en su mesa sibarita; ni un remordimiento interrumpe nuestro sueño: nos amamos tiernamente con nuestro corazón; y en nuestro invierno nos abrazamos como los náufragos á quienes está cerca de tragar la tempestad. Para nosotros, el invierno del hambre y el frio; para ellos, el de las teorías, el de la inteligencia, el de las pasiones, el del lujo, el de la hipocresia, el del egoismo, el de haber mentido de su origen. Nuestro invierno cesa cuando comemos; el suyo nunca.

¿Eternamente invierno para los hombres, justo Dios? Si, escrito está en el cielo con letras de fuego. Invierno...! Invierno...! Invierno...!

TEATRO.

DIANA DE CHIVRI.

Beneficio de la señora María Romero.--Primera representacion.

Triste cosa es por cierto ver que en el teatro español para una pieza original que se represente, aparezcan ciento extranjeras; semejantes al mendigo nos vestimos con retazos ajenos. Pero á bien que si esto nos sucede en el teatro, nos consuela el que lo mismo es en los trajes, en los muebles, y hasta en las costumbres. En otros tiempos los franceses, como las demas naciones, lo tomaban todo de nosotros, y singularmente la literatura. Es un préstamo que les hicimos y que llegó la época de que nos lo devuelvan.

El drama que nos ocupa, es original del literato frances Federico Soulié y está traducido por don Gaspar Fernando Coll. Soulié es uno de los fenómenos mas interesantes del teatro moderno: es imposible dejar de reconocer en él la facultad dramática, porque domina en todas las de su organismo intelectual: sus poesías, sus folletines, todos sus escritos no tienen precio sino por el aspecto dramático. Y, á pesar de todas estas cualidades, no ha conseguido toda-

via un triunfo completo, un triunfo que le sea propio, y que tuviese á la vez el brillo del momento y la duracion del porvenir.

No nos sorprende esta aparente contradiccion: precisamente en las obras de Soulié es en donde hemos encontrado la explicacion de esta anomalia. En este autor la inspiracion dramática es viva, exhala luces rápidas y brillantes, luces que salen de su corazon, de su espiritu y de su cabeza, esclarecidas por el mundo material é inmaterial. Pero estas luces son interrumpidas y no continuas; apercibe mas que ve: es muy raro que pueda examinar, y es imposible que observe. Esta luz tiene alguna cosa de repentino como el relámpago; y se parece á un pintor que copia un paisaje sin otra luz que la de las estrellas en una noche oscura y profunda, porque si el corazon, la cabeza y el espiritu se dejan llevar por los sucesos que ellos deben manejar, entonces no puede haber caracteres posibles, ni pasiones ni cuadro: participarán, quizá, de la energia en la situacion; mas en lo restante se verá el desórden, la turbacion, la confusion, no ya grandes y sorprendentes como la naturaleza los ha hecho; no espantosos, extraordinarios y apasionados como las solemnidades de la creacion, sino oscuros, ininteligibles como el caos y nulos como la nada.

Hagamos aplicacion de estas ideas al drama de Diana de Chivri.

Dos dramas de Soulié hemos visto en escena en el teatro de Granada; Clotilde y Diana: los dos nos revelan la misma mano y el mismo tipo: como hijos de una misma cabeza, se parecen en sus formas, en sus ideas y en el pensamiento que las motiva. Nosotros no concebimos buen drama posible, cuando está fundado, como este, en la falta de la virtud y en la violacion de una mujer. Y aunque á nuestro siglo de lodo la virtud le enfada como consejo, le desagrada como precepto, le irrita como demostracion, le hierre como queja y le fatiga como una leccion; y por lo tanto es preciso desesperar; abandonar el camino que nos conduce á lo bueno; sin embargo, como es hipócrita, finge que le desagrada lo que comete sin

cesar. Es particular que desde que nuestros críticos dieron en decir, que el teatro era la escuela de las costumbres, siempre que estas se desenvuelven en algun drama con verdad, lo vea el público con desagrado. Y sin embargo es positivo, por lo que se me ha puesto en la cabeza, que todo tiene acogida en nuestra sociedad actual, menos la verdad. Ya es tiempo de entrar de lleno en el argumento del drama.

Diana de Chivri, ciega, vive con su abuela en el castillo de Kermic, en cuyas cercanías se acoge un tal Furieres, hombre asaz corrompido, jugador y tramposo, que viéndose perseguido, tiene la fortuna de encontrarse con el guarda-bosques del castillo, antiguo criado suyo, el que se encarga de una estratagema para ser acogido y libertarse de los que le persiguen. Valeriano y su antiguo amo Furieres conocen que la abuela de Diana es apegada á las ideas legitimistas que sostenia en los años de 32 y 33 el realista Asthon: y se valen de su nombre para tener una acogida que no habrian tenido de otro modo. En efecto, el alma noble y tierna de Diana acoge con avidez al perseguido que llega á su puerta; es un desgraciado, y su alma generosa necesita el alimento de hacer bien.

Como aparece, y como se verá mas adelante, la oposicion es oscura, las personas y las cosas se presentan sin claridad, como aparecen los objetos en una noche clara de luna, que se ven, pero sin distincion: siempre es de noche á pesar del astro que la ilumina.

En el segundo acto, Diana aparece ya mas bien que culpable, victima del malvado que abusó de su inocencia, pagando así el beneficio de libertarle de los que le perseguian: y mas malvado todavia porque se ha dado un nombre que no es el suyo: el de Asthon; mas, como Asthon en estos momentos entró en presencia de la justicia para dar cuenta de sus acciones, su inquietud crece, porque no puede ver, ni leer, ni averiguar el paradero del autor de su deshonra: pregunta á todos, pide á su hermano que la lea los periódicos para encontrar en ellos al violador; inútilmente. A este tiempo el padre de Diana

vuelve de Paris llamado por la abuela, que le revela el secreto. El marques de Chivri jura con sus hijos venganza y marcha á conseguirla. Este acto es eminentemente romántico. Diana desgraciada sufre el tormento de no saber de su amante y la justa cólera de su padre y hermanos.

En el tercero, los dos hijos de Chivri se presentan en el castillo de Asthon pidiéndole satisfacción de la injuria que creen haber recibido de él: la que consiguen para su mal, porque mueren á manos de Leonardo. Creemos que el medio de que se vale el marques para conseguir la venganza, es inverosímil y demasiado cruel para que use de él un padre. Un padre no liberta de la muerte moral una hija, esponiendo dos hijos á la muerte física. Diana marcha al castillo de Asthon á quien creia su amante: pero llega tarde para evitar la desgracia de sus hermanos; y cuando habló al que creia haber tenido en sus brazos, ve que no es él. Es inverosímil por demas que dos hombres desconocidos lleguen á otro, le injurien, le arranquen la cinta de honor que lleva al pecho y no preceda ninguna explicacion. Todo debe ser motivado en el teatro; y aunque esta accion aparezca como tal, creemos que antes de una tan decisiva, como la de ir á matarse, merece esplicaciones anteriores. Muy dramático será si se quiere, de efecto: pero no hay verdad en ello, y donde no hay verdad no vemos nada bueno.

En el cuarto acto, Chivri aparece como es natural despues de la pérdida de sus dos hijos y la deshonra de su hija; desolado abrazó llorando al único que le resta. Diana sabe la muerte de sus hermanos y cae desmayada. Asthon se presenta para aclarar un misterio, que para él lo es, y es injuriado atrozmente por Chivri y su hijo, cuyas injurias oye con serenidad, porque conocia su origen. Viendo imposible esta aclaracion, quiere huir y es detenido por Chivri, quien le dice que le ha denunciado como criminal ante los tribunales. En este acto parece que debia acabar el drama, porque con decir Asthon que no habia visto jamas á Diana, y que no era el que la habia des-

honrado, estaba concluido: pero era preciso dar lugar al quinto, y se reserva para él la aclaracion.

Ante el tribunal, en donde se presentan acusadores y acusados en el quinto acto, es el desenlace; y en donde aparece la inocencia de Leonardo Asthon, que se reconoce como tal por Diana, y mas que todo por Marcial, su hermano, que aparece herido despues de haber muerto al culpado. Asthon llega al último grado de generosidad y heroismo, dando la mano á la que en su nombre se habia deshonrado.

La traduccion es mala, tan pobre que á pesar de la rapidez de la representacion, se perciben muchos defectos de lenguaje.

Despues de haber manifestado al principio de este artículo nuestra opinion sobre el drama, no nos resta mas que hablar de su ejecucion: ha sido brillante. La señora Matilde Diez haciendo á Diana nos ha revelado, como en todo lo que hace, la grande actriz española. Es imposible sentir, ni hacer sentir mas. No es Matilde, es Diana la que se desespera por saber el paradero de su violador, la que implora el perdon de su padre, la ciega que busca lo que no puede ver con sus ojos; es la verdad en fin.

El señor don Julian Romea como siempre: superior á cuanto hemos visto, y digno del nombre que lleva de primer actor. Romea es Romea: en todo lo que hace no se parece á ningun otro, porque los deja á todos mas atras. Esta es la opinion de cuantos le han oido, y por eso su frente se adorna con coronas merecidas.

El señor Sobrado cada dia merece mas aplausos del público. Se viste con mucha propiedad, se presenta con tal dignidad y modales tan finos, que nos revelan su esmerada educacion y sus buenas cualidades artisticas. En el cuarto acto, cuando coge á su hijo y le dice: *Hijo mio! no te acerques á ese hombre!* hace cuanto el autor hubiera deseado. En todo el drama estuvo muy feliz.

Los demas actores contribuyeron todos al feliz éxito del drama, y por eso el público los premió al final con sus aplausos.

*

Si me callaré.

Hay en este país muchas personas á quienes les sucede lo que á mí, aun cuando en distinto concepto, personas que viven hoy sin saber de qué vivirán mañana, y que, semejantes á ciertos pájaros, comen sin cuidarse de guardar para otro día; no porque sean pájaros de cuenta, sino porque, como aquellos seres, viven á costa de otros siguiendo el orden de la naturaleza; y porque son una prueba personificada de la providencia.

Siempre que voy á escribir un artículo, que no es de fe, porque creo en muy pocas cosas; ni de esperanza, porque ni espero que seamos mejores ni peores de lo que hemos sido; ni de caridad, porque esta madre de las virtudes se ha quedado sin hijos, y ya que no la tienen conmigo, no debo tenerla para con los otros: siempre, decia, que voy á escribir un artículo, tengo que pensar, no en lo que voy á decir, sino en lo que debo callar; pues entre las anomalías de nuestro siglo es la mayor de todas la modestia con que queremos que se ignoren nuestras buenas acciones, por mas que las predique el mundo entero, como la existencia de Dios.

Y me acontece tambien que me pregunte á mi mismo; porqué escribo y á quién escribo? Escribir en nuestro pe-

riódico es una especie de obra pública, y como lo que es de todos no es de nadie, de ahí el que no puede tener premio mi trabajo: puede suceder, sí, que tenga castigo: pero de esos castigos que no significan mucho, según vemos la poca importancia que les dan ciertas gentes. Yo quisiera que no dijeran para quién escribo, porque estoy en que ni es para mí ni para los demás. Me parece que me equivoco en esto: unos murmurarán, otros se reirán, y los más dirán que soy muy malo! como si posible fuese que un hombre malo escribiera con la candidez que yo lo hago. En todo tenemos opiniones usurpadas y la mía es una de ellas. Tened paciencia si tengo razón, y si no la tengo, caigan sobre mí más murmuraciones que han caído sobre este periódico.

” Y este que así habla, me dirán, que ve las cosas tan malas, ¿es por ventura bueno? » si quereis oirlo, os contaré con un cuento.

En los tiempos en que había frailes y tenían la aprensión de ir á convertir almas á los pueblos por la cuaresma; en estos tiempos, nos refiere la historia, que uno de ellos fué hospedado, como de costumbre, en casa del síndico de la orden, hombre no muy creyente, con un poco de socarrón y su mucho de usurero. El buen padre deseando saber el vicio más dominante en el pueblo para atacarlo en sus sermones, preguntó á su huésped, y este le dijo: que el vicio más señalado era la usura: subió el padre al púlpito, y un día y otro día se deshacía predicando contra la usura; hasta que un vecino se acercó á él, manifestándole se contuviera en sus sermones, porque el mayor usurero del lugar era su huésped.

El bueno del fraile se sobrecogió con la noticia, y en el mismo día pidió perdón de su indiscreción á aquel, pero alegando en su favor la pregunta que le hizo antes de principiar sus sermones. Siga V., padre, siga V. predicando todos los días contra la usura, le volvió á decir el síndico: sí contra la usura.—¿Y porqué una idea tan extraña, hermano síndico? dijo el fraile.—¿Porqué? para que no haya más usurero que yo.

Quién sea en esta ocasion el síndico ó el fraile, no me toca á mí decirlo; pues estoy en la duda de si somos todos frailes, porque si no la hacemos á la entrada la hacemos á la salida; ó si somos todos síndicos que queremos que prediquen contra los vicios que solo quisiéramos cometer. Mirad mi situacion con mas claridad.

Voy á escribir de política, y me dicen: «nada de política. Está V. en la Alhambra y ya sabe V. que los que la hicieron, ni conocian á esta señora, ni se cuidaban de nada concerniente á ella; porque hasta tenian la groseria de recibir las gentes tendidos. Ya sé que la cortesía no es moneda muy corriente en nuestro bendito país; y la política de la misma familia, es persona que le gusta mas habitar techos dorados que casas pobres como la nuestra.» Pero, señores, ¿ni ponerme á los piés de las señoras? Cuidado que yo, aunque de la Alpujarra, tengo mis chispas de buena crianza, y no quiero que digan de mi país lo que de las ciudades.

Nada, nada; la política es un alimento dañoso al que lo recibe, como al que lo da. Quiere V. que nos suceda en la Alhambra lo que acontece hoy en toda la Europa, que parece que les ha picado la tarántula? No sea V. el demonio, y tengámosla en paz: así como así, nadie tiene política; no tengámosla nosotros: prescindiendo de que perderíamos el tiempo. Escriba V. de otra cosa, si quiere, porque aquí á nadie se le paga lo que escribe; y por consiguiente tampoco se le obliga á que lo haga.»

Pues escribiré de la guerra: no de la guerra con los facciosos, de la que estoy ya y todo el mundo hasta la coronilla, y porque en punto á guerra, me sucede lo que al ministro de marina del Arte de Conspirar, que se mareaba cuando veia una embarcacion. Ademas de que es muy antiguo estar en guerra los hombres, vivir en guerra con las mujeres como perros y gatos, y con nuestras pasiones. «Esto es muy moral y algo tonto por consiguiente: no hable V. de moral, que se desacredita. Ya no se debe hablar de virtudes ni saber nada concerniente á ellas: ni se debe querer á nadie mas que á sí mismo: abor-

recer es otra cosa: V. tiene carta blanca de aborrecimiento contra lo presente, lo pasado y lo futuro. Diga V. lo que quiera de la guerra, teniendo en cuenta que es asunto peliagudo y de que al buen callar llaman Sancho. Convéñzase V. de que hay muy poco de que se pueda hablar en un país en que todo se hace: figúrese V. que vivimos en donde, cuando las mujeres y los hombres se reúnen, se ponen en dos filas, cada sexo en la suya, como si dijéramos en batalla: porque aquí todo marcha en batalla, ó lo que es lo mismo, siempre estamos en guerra. Veinte años hace que declaré la guerra á las mujeres, y no veo el día en que hagamos las paces, aunque pusieran en juego para conseguirla todos los protocolos posibles. Y supuesto que le hemos declarado guerra al dinero, á la virtud, á nuestros usos y costumbres, á la fidelidad, á la honradez, y todo el mundo se odia y vive para matarse y no para ayudarse unos á otros; claro es que hablando de guerra, ninguna cosa nueva aparecería en mis artículos. Pues á otra cosa.

Escribiré novelas. ¿Qué novedad hallarian en ellas? Yo creo que cada hombre es una novela, no muy moral pero viva: no hay, por otra parte, dificultad en hacerla: y si no, veréis.

Juana ama románticamente á seis ó siete; porque ya no es posible amar á uno solo: esto lo hicieron nuestros antepasados gente antigua y poco entendida, que así sabian ellos lo que era una novela como nosotros imitarlos. Decía, pues, que Juana amaba á seis ó siete, entre los que distinguía á Rufino por ser algo mas romántico. Rufino era pobre, enfermedad de casi todos los románticos; porque me malicio que el romanticismo es una debilidad de estómago: los padres de Juana querian casarla con Antonio, jóven acomodado: pero sobre llamarse Antonio, esto de casarse á gusto de los padres, ni era cosa que ella hubiese leído ni podia convenir á sus ideas. El drama llega al punto mas interesante. No se pueden casar, y salen del apuro tomando un veneno, danse un abrazo diciendo: ¡maldita sociedad! No dice la crónica si antes de

la catástrofe hubo entre los amantes algo que ofendiera la moral; me malicio que sí y lo doy por supuesto. Nada perderé en creerlo, y mas de una novela he visto yo que contiene cosas pesadas. Ya podeis calcular que esto nada tiene de interesante ni de nuevo; por consiguiente no escribo novelas.

Hablo de teatros, y encuentro mayor dificultad: porque sobre ser yo muy poca cosa para juzgar á Dumas y á nuestros distinguidos autores, si alabo los buenos actores que por fortuna poseemos, dicen que adulo, y si vitupero, que será por alguna intriga amorosa; que me he enamorado de alguna comparsa ó cosa semejante. Son el demonio para esto de matar ratas. Además de que en otra ocasion he dicho, y si no lo he dicho lo digo ahora, que no sé si la sociedad está en el teatro, ó el teatro en la sociedad: en una y otra parte veo comedias. Con que no digo nada de teatro.

Pues á las costumbres. ¡Si no hay ningunas! estoy por decir que hemos hecho costumbre de no tenerlas. Podría asegurarse en este punto, lo que decia de su mujer un marido paciente, que tenia manía en no tener mania, por tener mania. Y nosotros por no tener costumbres, hemos hecho costumbre de no tenerlas.

De ciencias. Ya nadie aprende eso; no faltaba mas sino que nos ocupáramos de lo que nadie se ocupa!

Hablaré de beneficencia? muchos beneficios conozco yo con las.....

En este conflicto de no poder hablar, por que no sé de unas cosas; porque no puedo de otras, y porque me está prohibido de muchas, he dicho: *Si me callaré?*



Generalife

TEATRO.

EL GRAN DUQUE DE TOSCANA.

DRAMA EN PROSA,

original de Don Eugenio Herreros.

CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

Mientras mas fácil es al genio penetrar los arcanos de la naturaleza y del hombre, entrar en el alma de las pasiones, desenvolverlas y presentarlas al público como el ramillete escogido de un jardín que da un amante á su amada, mas difícil es al crítico hacer el análisis de la obra de aquel. Las grandes concepciones apenas llegan á comprenderse por la medianía; al genio lo entiende el genio, como el verdadero amor con sus locuras y sus contradicciones no lo comprende sino un alma que sienta ó haya sentido su influjo irresistible. Y este es el motivo porque la grande obra de la creacion no está al alcance de la humana inteligencia.

En otro concepto, puestos en el caso actual, es aun mas embarazosa nuestra situacion. Un jóven se lanza por primera vez á este circo donde tantas opiniones han sido vendidas, si no destruidas, sin considerar los que cayeron en él, sin hacerse cargo, como jóven, de lo grande de la obra que va á emprender. Nosotros que quisiéramos ver mil bellezas, aunque no hubiese mas que una, tenemos que decirle: has echado sobre tus hombros un peso que no puedes llevar; y olvidarnos á fuer de críticos justicieros de que es un jóven, un paisano con quien tenemos el disgusto de que no nos unan relaciones de amistad, para poderle decir que, hacer un buen drama es el complemento del saber humano: pero ya que no nos es dado tributar alabanzas, nos será permitido manifestarle que nuestras observaciones nacen de nuestra cabeza mas bien que de nuestro corazon.

El Duque de Toscana está tomado de la historia de Venecia en los tiempos de tiranía de la República: historia que ha sido una mina inagotable para autores dramáticos y novelistas. No sé cuántos dramas y novelas han salido de aquellos hechos de tiranía y de sangre: y esta es una de las razones porque un drama de este género no podia hacer ya efecto. Un poco se parece el que nos ocupa tambien á la novela del Bravo; está demas decir que hay en ella senadores, máscaras, asesinos, huérfana y opresion.

El autor no ha considerado, en primer lugar, que en las bellas artes, como en bellas letras no se debe copiar, y que el que lo hace comete el mas grande error. Así es que un cuadro de Rafael, por ejemplo, es inapreciable, y una copia con todos sus colores y las mismas proporciones vale muy poco. Los dramas de Gil, son de un mérito incontestable, y una traduccion vale muy poco, por mas mérito que tenga el original de donde se sacó.

No ha visto que el dominio de la imaginacion, á pesar de su inmensa estension, tiene sus limites sobre algunos puntos. Mientras mas estrecho sea el círculo en que se encuentre el genio, menos fáciles serán los descubrimien-

tos. Por esta razón el pintor tiene para ejecutar su pensamiento la diversidad de los colores, la multitud de personajes, la magia de la perspectiva, la variedad de la naturaleza, la extensión de la tela que recorre su pincel: el escultor está reducido á ejecutarlo todo con la ayuda de la forma solamente. Viniendo á nuestro propósito, el novelista dispone del tiempo y del espacio; en la manera de explicarse, puede ocultar lo que no quiera; el estilo le ayuda á decirlo todo. Para el autor dramático, al contrario, los límites de la escena, la corta duración del espectáculo, la necesidad de la acción, la voz, la figura, la edad, el talento de los actores, todo le obliga á limitar la invención y á trazarse una ruta de la que no puede desviarse.

Vea aquí el señor Herrero, porqué el episodio que nos presenta de la historia de Venecia, y que está muy bien en una novela, no ha debido trasladarlo al teatro sin variar absolutamente sus formas y aun las situaciones. No queremos decir con esto que á un autor dramático le esté prohibido formar un drama sacado de un hecho histórico, y aun de una novela: lo que queremos decir es que, no tome un hijo de otro como un pupilo para mantenerle, sino que le adopte.

La exposición del drama es clara: quizá se vea en ella mas de lo que debe verse. Los sucesos no están motivados como el teatro exige: algunas veces el lenguaje es descuidado. Aunque nosotros no seamos tan severos que exijamos en un melodrama que se observen las unidades, con todo nos parece que la de lugar debe tener cabida, al menos, en el acto que se representa: es decir, que en un mismo acto no tengamos á cada momento paredes que suben y bajan. No nos parece tampoco bien el que en un drama estén los actores siempre de máscara. Esto que alguna vez es de buen efecto, continuado, cansa.

En cambio de estos defectos, el drama tiene situaciones interesantes; hay en él conceptos y buenas imágenes: tiene escenas de efecto como la del acto segundo entre Enrico y Elena; y el desenlace es de mucho interes. Se conoce que el autor no tiene toda la experiencia necesaria,

ni la práctica que el teatro requiere. De todos modos, el que ahora copia al maestro, mas tarde encontrará el medio de copiar la naturaleza y el mundo.

La ejecucion ha sido buena como era preciso que sucediera estando al cuidado de la señora Diez y del señor Romea.

Aprovechamos esta ocasion para decir, no precisamente al señor Herrero, sino á todos los jóvenes que se dedican á hacer dramas, que consideren cuanto caudal de conocimientos se necesita para hacerlos, cuanto talento, cuanto gusto: y que antes de presentar un drama, hagan otros ensayos que estén mas conformes con sus fuerzas, para no sufrir desengaños, y que no nos veamos en el caso de hacer criticas, que aunque parecen severas, nos cuestan mucho trabajo y pesar.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

¿Qué hay de bueno?

Veo y oigo muchas cosas en este bendito suelo, á las que por mas que hago no me puedo acostumbrar; parece que cada dia entro de nuevo en una sociedad vieja, en este desierto de hombres.

Cualquiera que me viese estrañar así los hombres como las cosas, no diria sino que yo habia bajado llovido de la luna en la noche anterior; y se confirmaria en ello mas y mas, cuando considerara que no tengo razon. No hay nada mas probado que la fidelidad en las mujeres, que la consecuencia en los hombres, y que todo, así hombres como cosas, marcha bien: ó lo que es lo mismo, que estamos en el mejor mundo posible. Quédense enhorabuena, la inconstancia para la naturaleza; el que tiene ese soplo de la Divinidad que se llama alma, debe ser otra cosa. Y ¿hay por otra parte, nada mas monotono que ser siempre buenos, siempre fieles y siempre españoles? Bastante tiempo lo fueron nuestros antepasados: ya es tiempo de variar, y no así como quiera, sino que lo hemos hecho de la manera mas determinada; de tal modo, que no falta para hacerlo todo al reves, sino que anduviéramos con la cabeza. Bonito cuadro seria entonces, indudablemente, el que presentaria nuestra especie: pues ni mas ni menos es el que presentamos en todas las acciones de la vida; solo que nos hemos acostumbrado tanto á verlo, que no nos causa novedad. Personas me encuentro yo diariamente que si las vieran tales como son, nadie las conoceria.

Y ¿qué tiene que ver todo esto con el epigrafe de mi artículo? El qué, lo que me sucede en las cosas y los hom-

bres, me sucede mas particularmente con ciertas frases, con algunos modismos muy usuales; pero que no puedo tolerar ni acostumbrarme á ellos: y aquí teneis precisamente el motivo de haber encabezado este articulo con el epigrafe de *¿Qué hay de bueno?*

Salgo á la calle, si hemos de llamar calles á las nuestras: y, á propósito, mirad si tuve razon cuando dije que todo lo hacíamos al revés. Una calle, en todas partes, sirve y ha servido para andar en ella, y no para romperse las piernas, así como un hombre para ayudar á su semejante y no para hacerle daño, y una mujer para hacer la felicidad del hombre y no su desgracia. Aquí sucede todo lo contrario: todo al revés.

Decia que salgo á la calle, mas para ver esto que llaman mujeres que para ver lo que calificamos con el título de hombre, y uno de los jóvenes de esta sociedad vieja me saluda sin tocarse al sombrero, y con aire de proteccion, me dice: chico, *¿qué hay de bueno?* Yo que creo que es una especie de epigrama la tal pregunta, le suelo contestar: No conozco de bueno en Granada mas que á tí. Mi interrogante ó catecismo bipedo se sonrie de mi contestacion, como el que está en el secreto, y está seguro al propio tiempo de que yo y todo el mundo conoce sus virtudes; porque el que quiera vicios en este y en nuestra sociedad se lleva chasco: bien que somos tan modestos y disimulados que no manifestamos nuestras virtudes. Sean ellas gratas á Dios, que lo de aquí abajo poco importa.

Fastidiado de la pregunta y del que me las ha hecho, que es el recurso de los que no tienen medio de entablar una conversacion, me voy de visita á una casa; y no bien me he sentado, cuando una señorita me espeta el fatal «*qué hay de bueno*» Algo mas considerado con las señoras que con los hombres, porque hace mucho tiempo que me gustan mas las unas que los otros, y porque me parece que son los animales mas dóciles, le contesto: *¿qué edad tiene V. hermosa?* V. tendrá veinte años á lo mas: edad tierna, edad brillante, edad de ilusiones, edad bue-

na para V. y para los demas. ¿V. ve algo bueno en este pais? todo es viejo y malo, por desgracia; y si no fuese porque hay alguna que otra cosa buena como V., no sé lo que seria de nosotros. No era mas natural que me preguntase V. qué hay de malo y yo le contestaría fácilmente? Pues otra cosa es ponerme en el conflicto de no saber qué contestar, y seria la primera vez que no contestara á una señora. No digo contestar, sino preguntar: á ellas siempre les pregunto; y preguntas que les suelen gustar tanto, como á mí me fastidia la de *qué hay de bueno*.

Perolo que á mí mas me choca de los que me hacen esta pregunta, es que ellos saben que no solo no hay nada bueno, sino que yo nada bueno puedo decirles; y sin embargo la tengo de tragar quiera ó no quiera. Es lo mismo que si yo les preguntase: es V. mejor hoy que ayer? En lo que seguramente no me podrian contestar: ó como si les dijese: es V. fiel? Es V. bueno? Nuestra patria ha dejado de ser desgraciada? En todo esto no haria mas que cometer una torpeza; porque yo sé que todo ello es imposible que suceda, y que así vamos nosotros al mal como un rio al mar, y que distamos tanto de lo bueno como nos acercamos á lo malo.

El *qué hay de bueno*, entre nosotros, se parece mucho á lo que hacia el marido á quien se le habia ahogado su mujer, y para encontrarla iba buscándola el rio arriba; porque decia: era tan indina, que por no parecerse á ningun ahogado se habria ido en contra de la corriente. Nosotros para hallar lo bueno vamos el rio arriba, con la diferencia de que no nos ahogamos; pero ahogamos lo bueno ó lo sumergimos: ello es que no se ve. Algun dia, que no alcanzamos, puede ser que levante la cabeza.

Si nada bueno encontrais en mí, ni en mi artículo, ni en los hombres ni en las cosas; si nada bueno puedo yo decir al que me pregunta cada dia: *qué hay de bueno*, y si no conozco nada bueno mas que viejos males y cosas malas, ya es tiempo de que yo le pregunte al que quiera leer este artículo *qué hay de bueno*. De este modo no me fastidiarán mas con preguntarme *qué hay de bueno*.

MARRO.

GABRIELA DE BELLE-ISLE.

Drama original de Alejandro Dumas.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Ni el tiempo ni el espacio que nos queda en nuestro periódico, nos permiten estendernos cuanto quisiéramos y cuanto, sin duda, exige una obra tan grande. Dijimos bien cuando, en el artículo anterior de teatro, aseguramos que al genio no lo comprende mas que el genio. Del alma de estos hombres es de quien se dice seguramente que son una chispa de la divinidad; que han traído a la tierra la misión de alumbrarnos con sus luces en el caos oscuro en que los demas vivimos.

Dumas ha hecho una obra sublime que puede, con razón, decirse una creación: este drama que nosotros llamáremos sensual, porque se dirige mas a los sentidos que a las pasiones, y porque se agita mas por el espíritu que por el corazón, es una inspiración de nuestras maneras actuales, aunque nos revele tambien las del siglo a que se refiere. A pesar de nuestra hipocresía, en despecho de nuestras afecciones de culto, de dogma y de creencia,

nuestro siglo es material. Nosotros tenemos mas necesidades que ideas, mas deseos que pensamientos, mas intereses que sentimientos: este egoismo se oculta con una palabra honesta; nuestro siglo se llama *positivo*. Alabrigo de este manto hemos ido mas allá de la duda y del escepticismo, gritamos sin cesar y nos hemos hecho materialistas. Atreviéndose Dumas à reproducir esta verdad en el teatro, ha dado la mayor prueba de su grandiosa inteligencia y de su sinceridad.

Esta nueva obra de Dumas no se parece en nada à las anteriores sino en el interes que inspira, y se da la mano à nuestras comedias antiguas: tiene aquel sabor y aquella facilidad, sin sus defectos. En vano quisiéramos hacer un análisis detenido de Gabriela: al que la haya visto, nada le diríamos aunque escribiéramos mucho; al que la ha visto le diríamos menos, porque la ha visto ya; y las grandes obras del genio como las de la creacion pierden su mérito cuando se describen; porque es imposible decir lo que dicen.

La esposicion es admirable, el objeto aparece claro, sencillo, con precision, como una proporcion matemática, cada palabra dice una cosa. Este mérito es grande, como lo es en todo el drama: en él todo está escrito con precision, sin sequedad, con una libertad esquisita: Cada personaje pinta la época, el lugar, la escena, las maneras, las ideas, los caractéres y los hechos que están sostenidos y pintados con admirable maestria. No es posible ser mas ligeramente impertinente, indiferente con mas gracia, libertino con mas gusto y vicioso con mas éxito que el duque de Richelieu; caballero mas leal, mas valiente, mas enamorado, que el señor de Laferté; mujer mas pura, amante mas cariñosa, hija mas apasionada, criatura mas dulce, victima mas inocente, que la hermosa Gabriela; así como tampoco es posible ver mas desenvoltura, mas impudencia, mas coquetería que en la marquesa de Prie, verídico retrato de las cortesanas con título que presidieron en la corte de Luis XV. Cuando se nos hace ver así la realidad de nuestra sociedad, es preciso querer este

mundo con sus amables defectos y sus buenas cualidades.

En qué consiste que á pesar de ser el drama tan bueno no haya recibido del público tantos aplausos como merece? Será que no lo hemos comprendido, ó que lo que el autor ha hecho no está todavía á nuestro alcance? Será que hemos sufrido una transición violenta en literatura dramática?

La ejecución ha sido esmerada. El señor Romea en el papel de Richelieu nos ha pintado aquel personaje tan galante, tan cortesano, tan poco mirado en punto á amores si bien caballero siempre. La señora Díez en el de Gabriela ha sido inocente, amante, víctima de la intriga de una cortesana y de la ligereza del duque: á nuestro entender el mismo Dumas no pudiera haber escogido intérpretes mas fieles de sus pensamientos. Y todo el cuadro, qué acabado! Creemos la ejecución de este drama lo mas concluido que ha salido de los labios de estos actores, á quienes no nos parece que alabamos siempre bastante. La señora Romero, el señor Florenció Romea, el señor Fernandez, todos han estado en su puesto y han dicho lo que debían decir.

Nos parece oportuna esta ocasión para dar gracias á los actores por el esmero con que trabajan dándonos dos funciones nuevas por semana y bien hechas; porque no está el mérito en hacer dramas nuevos, sino en hacerlos y presentarlos como la Gabriela. Mañana se hace la *Cruz de Fuego*, drama que recomendamos al público por su interés y por lo bien traducido que está.

TEATRO.

EL CAPITAN AZUL.

Beneficio de D. Julian Romea.

Traducido del frances por Don Antonio Ojeda.

Al beneficio del señor Romea necesariamente habia de concurrir el público granadino, cuando sin este motivo ha asistido constantemente siempre que ha podido oír á Romea y á Matilde. Era una despedida anticipada que hacia al público, y este tenia que alargarle la mano en señal de cariño y amistad, si bien tan sensible y dolorosa como la de un amigo, á quien probablemente, no volveremos á ver mas. En el teatro, como en todos los gozes físicos y morales, es un mal haber conocido lo bueno y perderlo. Son tantas las pruebas que nos han dado el señor Romea y la señora Diez de su inteligencia artística, hemos sentido y llorado tantas veces con ellos; se han insinuado de tal modo en nuestras almas, que Romea y Matilde serán siempre el recuerdo mas grato de Granada; y cuando asistamos al teatro con nuestra decidida aficion, diremos: ¡Cuántas horas deliciosas pasamos aqui oyendo á Romea y Matilde! Las impresiones que dejan en nuestras almas serán mas duraderas, quizá, que la columna

*

que levantaron en la plaza del Campillo en memoria de otro grande actor.

Hacia fines del siglo pasado, Francia era todavía un pueblo dominado enteramente por la aristocracia; el plebeyo no podia aspirar á ningun puesto distinguido, por mas méritos que tuviese: y las clases del pueblo eran una especie de siervos que servian para los placeres, para los vicios, para satisfacer hasta los caprichos de sus señores. El abuso del poder conduce á su pérdida. Los escesos de los poderosos llevaron á los que lo ejercian á la guillotina y precipitaron la revolucion sangrienta del año de 92. El pueblo frances tan esclavo y sometido á sus señores sacudió el yugo, y creyéndose omnipotente, le parecia pequeño espacio el mundo para dominarlo.

Estos hechos dieron motivo al autor para hacer este drama, que no calificaremos artisticamente, aunque lo creemos bueno; porque si al teatro vamos á reir ó llorar, á recibir impresiones de dolor ó de placer, el drama en que estos sentimientos se desenvuelvan con la maestria y el interes que lo están en el Capitan Azul, merecerá siempre nuestra aprobacion. Ved aquí porque en cualquier género que se nos presenten ya personajes, ya pasiones, ya escenas de la vida comun, cuando se consigue interesar al espectador, todos ellos son buenos: y es tambien la razon porque no hay género malo ni bueno. Hay un sugeto que sabe mas que Voltaire, mas que Rousseau, mas que Bonaparte: este es el universo, nos ha dicho Talleirand: hay autores que saben mas que todos los preceptistas, porque sin reglas saben conmovier dulcemente los resortes de nuestra alma.

Desde el primer acto en que un pueblo entero aparece postrado al pié del altar implorando misericordia, principia el interes que crece en el segundo, en el que vemos hasta la novedad de haber aparecido en nuestra escena por primera vez la cámara de un navío. Pero donde crece de todo punto el interes es en el acto tercero: sus escenas nos subyugan, dominan, vencen nuestro corazon hasta el punto de no poder contener nuestras lá-



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

grimas. Los caracteres están delineados y sostenidos con delicado y fino tacto. Verdad es que está hecho admirablemente por todos los actores: difícil es enumerar las bellezas de la ejecución.

Como las lágrimas de la señora Díez salen de su corazón, llegan necesariamente al nuestro. La madre, la esposa fiel y la enamorada amante las ha representado con el talento artístico que tantas veces nos tiene acreditado. El señor don Julian Romea estuvo, como siempre, admirable en todo el drama; pero mas particularmente en el tercer acto. Cuando sale del cuarto donde está Enrique, conteniendo aquel sentimiento concentrado; cuando lleno de furor quiere matar á Enrique; cuando este se presenta moribundo diciendo: *mi muerte por su perdon*; todo lo hizo con la maestría con que él solo sabe hacer las cosas. En una palabra, no se puede dar cuadro mas acabado, porque todos los actores se esmeraron en la ejecución.

La traducción se conoce que está hecha por una mano maestra, y que el señor Ojeda merece con justicia la distinguida opinion de que disfruta.


La ausencia que nos vemos obligados á hacer de esta ciudad, nos privará probablemente de dedicar otro artículo al mérito distinguido de estos actores, antes de su partida. Al separarnos de ellos no les pedimos mas que un recuerdo para nosotros, si no tan dulce como lo tendrán de Granada, lo bastante al menos, para que nos sirva de consuelo en el vacío, que á nuestro ver, dejan en el teatro de Granada. Recibirán en Madrid mas laureles, mas aplausos; pero no serán oídos con mas entusiasmo que lo han sido por nosotros; no abrigarán los madrileños en sus corazones un deseo mas sincero de su felicidad y de sus triunfos.

LAS

CARNESTOLENDAS.

**Con el carnaval
Riñó la cuaresma,
El gordo y alegre,
Y cilla triste y seca.**

M. de la R.



Estraño parecerá á mis lectores que les hable de carnes, cuando ellos y yo siempre comemos de vigilia; es decir, que estamos en cuaresma, ni mas ni menos que la pobre España y que el penitente anacoreta ayunando á pan y agua; no por nuestra voluntad, que aunque sean muchas nuestras culpas, no son tantas como las de otros que siempre comen de carnes. Yo por mí sé decir que física y moralmente estoy siempre en cuaresma. Váyase por los que están todo el año de carnaval comiendo carne á dos carrillos. Que vengan luego y me prediquen del equilibrio social, y me digan: porqué uncs desperdician tanta carne, y otros ni siquiera la prueban? Por qué han dé alcanzar algunos bula de comer carnes, y yo he de contentarme con la bula de la santa cruzada? Pero como en Roma no hay bula para tener dinero con que comprar carnes, habrémos de conformarnos con nuestra perpetua vigilia.

No hay un español que no tenga cara de cuaresma: sombria, triste, macilenta, como el que ayuna siempre, ó mas bien como el que no ha comido carne en ningun carna-

val: cara de cuaresma y nunca de carnestolendas. Bien mirado, la etimología de la palabra carnestolendas cuadra muy bien con nuestra situación: carnestolendas es una palabra compuesta de carnes y el verbo latino *tollo tollis* quitar. Es claro que, si no tenemos carnes porque nos las han quitado, ó porque nos las hemos comido ó quitado nosotros, vivimos en carnestolendas, ó mas propiamente no comemos jamas carnes y hacemos penitencia. Siempre que considero nuestra sociedad, no me puedo dejar de reir: porque me parece una porcion de monjes repartidos acá y allá, comiendo de vigilia y sufriendo privaciones.

No quiero ocuparme de lo que hicieron nuestros mayores en carnestolendas: probablemente entonces como ahora comeria carne el que la tuviera, y el que no ayunaria y comeria de vigilia. Nada se parece tanto á lo que sucede como lo que ha sucedido: necesariamente, entonces, unos pocos comerian de carne para que los muchos estuvieran siempre de vigilia. Unos vivirian en carnaval, como si dijéramos de máscara, baile y comilona, y otros ayunando y en una cuaresma perpetua.

Nunca he podido saber la causa de los regocijos en carnestolendas: si es porque vamos á pasar de una época de júbilo y carnes á otra de ayunos y penitencia, me parece que no hay motivo para alegrarse; como nadie se alegra el dia en que deja los brazos de su amada, ó cuando se separa de sus amigos. Y aunque se me arguya con la idea de aquel á quien predicaban la pasion y se reia, diciendo que estaba en el secreto, yo lo estoy tambien, y no por eso dejo de llorar asi en carnestolendas como en cuaresma; porque mientras unos comen y comerán carnes lo mismo el carnaval que la cuaresma, asi los dias de precepto como los que no lo son, yo, pobre de mí, tengo que ayunar en carnestolendas.

Desde que todo lo importamos del extranjero, han venido las costumbres de los demas pueblos á reemplazar las nuestras: cualquiera dudaria, con razon, de nuestro españolismo, si no fuera porque habitamos, ó vivimos en

este suelo. Digo esto, porque entre las costumbres de carnestolendas, en las que se apuraba la franqueza, la broma y la alegría, solo nos ha quedado en Granada, la de decir: *déjalo*. Cuando los españoles tenían que dejar, porque ya lo dejaron todo, estaba bien el decir; *déjalo*; pero ahora es una burla doble, porque no tenemos nada que dejar, y nos decimos *déjalo* sabiendo lo que cada uno puede dar de sí. Es mas bien un sarcasmo que una burla; un insulto á nuestra miseria. Si en vez de decir *déjalo*, gritaran *tómalo*, ya habia alguna razon, por mas pequeño que sea el número de los que pueden dar; pero de decirle á un español *déjalo*, cuando nada tiene no solo que dejar sino que llevar puesto, es hasta donde puede llegar el genio chistoso, bromista y festivo de los españoles. Eso si, nosotros no tendrémos nunca una peseta, pero bromas y chanzas pesadas las hemos de dar siempre: condicion y figura.....

Entre las gracias de carnestolendas es una de ellas, la del saco lleno de cascajo dejado caer desde alto sobre el pobre transeunte. Esto tendria efecto en su tiempo; mas ahora que al que mas y al que menos le ha caido encima no digo un saco de cascajo, sino una nube de piedra; ó mejor dicho, cuando cada hijo de vecino tiene sobre sí la tempestad de sus desgracias, de su miseria y del hambre, es una simpleza venirle con tales pequeñeces. Es como si á un hombre de veinte y cinco años quisiera V. asustarlo con el coco, ó como si á un niño de un año, se quisiera amilanar haciéndole ver las desgracias y las amarguras que habia de pasar en su vida. Uno y otro se reirian, como se rie todo el mundo del saco.

De las costumbres que mas me chocan en carnestolendas, es la de ir á comer al campo; pero á qué campo? A la Alhambra, á la Silla del Moro: como si dijéramos al Campo Santo, donde descansan nuestros mayores. Cerca de allí, comunmente es donde las gentes van á divertirse y á comer en carnestolendas. ¿Es para decir á los que no viven, aun nos queda esta poca carne de la que nos dejásteis? Es para tener á la vista el tiempo de nuestro luto que va á llegar,

y la fatal sentencia de: *tú eres polvo y en polvo te has de convertir?* Es para comparar los hombres que rien con los que han reído? Es para ver la vida junto á la muerte? Los que lloraron antes, y los que lloran ahora? Es para decir á los muertos, *déjalo*: abandona ese sepulcro, ven, ya que no eres carne á comer carne con nosotros hasta que vayamos juntos á descansar? Todo puede ser: esta mezcla de dolor y de placer en el hombre, no la quiere perder nunca, y hasta en sus días de regocijo la manifiesta. Mirad los hombres que comieron y los que comen. Ved las carnestolendas junto á la cuaresma.

Nada digo de las demas burlas de carnestolendas. Todo es broma en España: hace mucho tiempo que la mitad se burla de la otra mitad. En cuanto á esto, siempre estamos de carnestolendas.

He dicho antes que todo lo importamos del extranjero; y esto que tiene una aplicacion cuasi general á nuestros usos y costumbres, la habia de tener necesariamente particular á las máscaras, hablando de carnestolendas. Desde que no somos españoles, nos ponemos caretas como avergonzados, corridos de que nos conozcan, ¿A qué ocultarnos el rostro, si nada tenemos que echarnos en cara unos á otros? A qué decir el destemplado *me conoces?* Demasiado!... Una ramera se adorna con traje de vestal, y cuando pregunta *me conoces?* contestan todos; no eres lo que pareces: tú quieres imitar con tu disfraz la farsa del mundo en la que todos manifiestan virtudes que no tienen: tú quieres engañar así con la máscara como sin ella: quitatela; y ya que en la calle no la llevas como los demas, no te engañes á tí misma en este lugar.

La madre, la esposa ha dejado el lecho nupcial y sus hijos y se ha puesto tambien careta; pero no se la ha puesto en su corazon: no puede ocultar con su careta los remordimientos; y cuando le preguntan *me conoces?* contesta: no me conozco á mí misma.

El marido lleva tambien careta: á todas dice amor menos á su mujer; y á nadie se lo tiene. Ni él ni ellas creen lo que dice; pero no importa; lo mismo hace en el muu-

do con la otra careta. Cuando sus hijos preguntan al día siguiente por sus padres, contestan: hemos estado de máscara; mañana ireis vosotros cuando podais poneros á la vez la máscara del mundo y la del baile.

La beata hipócrita lleva una doble máscara; y en la calle con la una y en la máscara con las dos murmurará hasta de la virtud; dice mal de todos: no conoce otro mundo que el suyo, y se rie del amor, de la pasión y de la virtud; porque la pasión es virtud. Tan infame es con la máscara del mundo como con la careta.

¿A qué vienen los disfraces y la máscara? A qué vestirse á la francesa, á la inglesa, de griego ó de romano, si por mas que hagais seréis siempre españoles? Qué quiere decir esa algazara de júbilo y alegría si el pesar rebosa en vuestros corazones y el hambre en vuestros estómagos? ¡Ay del que tiene que ponerse máscara para estar alegre! ¡Ay del que busca vestidos lujosos para ocultar sus andrajos! ¡Ay de España que se puso una máscara.... y por mas que hace se le rompe, todo el mundo la conoce y sus hijos la desdennan! Corred en tropel y en algazara con la máscara puesta al lugar donde creéis divertirlos, y cuando pasen las carnestolendas abrid un sepulcro donde enterréis vuestra máscara y á vosotros mismos.

Nublado está, para mí, el cielo de carnestolendas!.... dejemos á los demas comer sus carnes, diciendo *déjalo*, tirando el saco de cascajo, las máscaras y sus bufonadas; y digamos: bienaventurados los que comen carnes, porque ellos viven en carnestolendas.

EL

CEMENTERIO.

**Pasé de tumbas á tumbas
De mi porvenir en pos,
Y en todas encontré polvo,
En todas polvo, Señor.**

Zorrilla.

Quando estamos mal con los vivos buscamos los muertos; cuando la vida es penosa queremos la muerte. En lo físico como en lo moral el descanso es una necesidad de la naturaleza, y hay momentos en la vida en los que gozamos de la muerte; es un paso anticipado que queremos dar. Los mismos sentidos que nos sirven para la existencia, nos llevan al sepulcro para prepararnos al fin.

Poseído de una melancolía profunda, que es como el instinto de un resentimiento secreto contra los hombres, recordaba con amargura otros días de ventura y felicidad. Involuntariamente corrían mis lágrimas, porque no encontraba en la sociedad ningún bien: ni padres, ni esposa, ni hijos tomaban parte en mis males, ni me consolaban con sus beneficios: un solo bien que me quedaba en la tierra no me quería alargar ya su mano: para mí no había pasado, sino para llorar, no había presente mas que para sentir; no había futuro sino para temer.

Entregado á estas ideas, queria salir del círculo de los

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA D. ANDALUZ

hombres y separarme de esta falsa sociedad en oposicion con la naturaleza. Poseido de este humor sombrío, subia lentamente la colina que domina la ciudad y que conduce al cementerio: desde allí vi los hombres que tan pronto han de venir por aquí; casas, templos, paseos, plazas públicas, asilos de beneficencia, teatro, dos rios que se juntan al nacer para morir juntos despues; todo esto lo veia como monumentos de la moral, de la historia, de la religion y la política, de los que fueron y de los que son; dando alimento à mis meditaciones el contraste de la inmovilidad de los edificios con el movimiento de los humanos, este ruido uniforme producido por tantos gritos diversos; la vega, jardin inmenso que no alcanzaba à ver en toda su estension; el sitio donde el moro dió el último adios à Granada; Sierra-nevada que como un anciano venerable cubierto de canas ha visto nacer y morir tantas generaciones, y que inmutable como su criador preside la vida y la muerte: ella vió los triunfos y las coronas de cien reyes árabes, y les vió tambien montar al buque que los volvió à su pais: ella vió à Fernando y sus capitanes tremolar el estandarte de triunfo sobre las torres de la Alhambra, y los mira ahora casi olvidados en el sepulcro.

Todas estas cosas alimentaban mis tristes meditaciones cuando entraba en la Alhambra: no pude dejar de considerar en ella la prision donde se encierran delincuentes é inocentes. Un sepulcro aquí para los vivos y otro mas allá para los muertos..... Al ver sus torres, sus palacios, sus fortificaciones, y sus jardines, no sé si era un cementerio el que miraba en donde estaban enterradas las glorias, las artes y los triunfos de otros hombres; aquí, como en el cementerio donde voy à entrar, no se puede dar un paso sin pisar una sepultura; en el uno y en el otro la vida se acabó: no hay mas que esqueletos, cosas y hombres que fueron. Cuando los extranjeros vienen à visitar esta mansion, quién sabe si llorarán la muerte de las artes, como lloro yo la de los hombres, la de mis placeres, de mi esperanza, de mis ilusiones, de mi amor y de mi felicidad! Los que dibujan estos edificios y sus ruinas,

que prueben á ver si pueden dibujar las de mi corazon...! En la vida no hay mas que ruinas.

Yo me separaba de Granada viva y me acercaba á Granada muerta con la melancolia natural que inspira la estancia de los muertos y la que yo tenia en mi alma. La igualdad comienza en este lugar mucho antes de entrar en él: aun antes de pisarle no hay ostentacion, no hay lujo, no hay coches; no hay mas que conductores para todos. Cada uno viene aquí un dia para no volver mas. Siempre que se entra en este lugar se habla con voz baja, el acento es misterioso y reservado, como si entrásemos en el cuarto de un enfermo de peligro: obedecemos á una especie de terror, y parece que bajo la tierra nos escuchan. Entre tantas palabras como se dejan escapar de nuestros labios, ¿cuán pocas saldrian si estuviésemos ciertos que serian recogidas por un testigo invisible? El hombre habla mucho de un Dios y no cree bastante en su presencia; le nombra en todas partes y no se acuerda de él en ninguna.

Sobre la puerta del cementerio-crei ver escritas algunas palabras de Delille; «Un grito religioso, el grito de la naturaleza os dice: llorad, orad sobre esta sepultura; vuestros parientes reunidos duermen en esta mansion, monumento venerable de duelo y de amor.... En donde la generacion pasada aguarda la generacion presente: en donde cada grano de polvo fué una existencia otras veces.»

Al entrar, ¡cuál fué mi entusiasmo, ó mejor dicho, cuál fué mi espanto! Sepulcros, cruces, columnas, lápidas, inscripciones, flores sin olor..... Cuántas lágrimas disimuladas! Qué de hombres, de mujeres y de niños, todos inanimados, todos vivos antes! Qué fecunda es la muerte! Qué poderosa! Cuán frecuentes y seguros son sus golpes! Cuántas conquistas, cuántas riquezas encierra su imperio! «No, grité yo; esta no es la mansion del descanso; es un pueblo de cadáveres.»

Tal era mi recogimiento y mi abandono, que á mis oídos llegaron voces sepulcrales diciéndome: «Y qué, ¿los vivos usurpan el puesto á los muertos y les disputan su

último asilo? Ven, mira por todas partes las inscripciones donde los unos vienen á depositar su orgullo, los otros su oscuridad, todos su nada. Levantad edificios que duren tanto como ese cedro que parece presidir la vida y la muerte: los que no caben en todo el mundo, vendrán á encerrarse en siete piés. La ciudad nueva es mas numerosa que la vieja: nosotros estamos mas unidos que los vivos!!.....

Nadie, en este lugar sagrado me ofreció coronas de flores, ni siemprevivas: un niño de ocho á nueve años esparcia ramos de laurel sobre el sepulcro de su madre: con la sonrisa en los labios parecia hablarla como en los dias en que le dormía en los brazos. Pobre niño! Yo recordé los tiempos de los pueblos antiguos, en que no habia un muerto que no bajara coronado á la tumba. Tejed coronas y colocadlas sobre la frente de los muertos. Qué mas triunfo que dejar de vivir! Pasar de la vida á la muerte es la vida. Quién sabe si un dia aqui como en la ciudad se despreciará el genio y el mérito por la opulencia y el lujo! Quién sabe si en el cementerio preguntaremos, quién vive en este suntuoso palacio!

Pocas inscripciones vi consagradas á las esposas. El hombre que pierde la primera mujer, no se cuida mas que de buscar la segunda: la mujer, si alguna vez contrae segundas nupcias, conserva un culto en su corazon para su primer esposo, y le consagra otro sobre la lápida de su sepulcro.

Pero preguntad, cuáles tumbas son las que nos revelan mejor un amor que sobrevive á la separacion y á la muerte? Las de una madre; siempre unida al objeto que ella ha perdido, llora con amargura sobre la tumba de su hijo. Al momento conocemos por dónde ha pasado el duelo de una madre. ¡Duelo inestinguible! por él nos enternece la voz del mármol. El que no ha leído las inscripciones del dolor maternal, no puede adivinar todo lo que el corazon encierra de elocuente y sublime en algunas palabras. Mirad á una madre sobre la tumba de su hijo pisar con cuidado, sonreir y llorar á la vez, hablar bajo para no despertarle, no ver entre tantas tumbas mas que

la de su hijo; llamarle; tender los brazos queriéndole estrechar contra su seno..... Él duerme para siempre, tierna madre! También hay recuerdos mas allá de las tumbas! Él se acordará de ti! Quién sabe si te oye! Quién sabe si tus lágrimas, como un beneficio de la bienaventuranza, las recibe tu hijo adorado en el cielo! Yo también, yo también tuve una tierna madre: también reposa aquí: lloro, en vano, sobre su sepulcro. Nunca volverá á tenderme sus brazos cariñosos...! Madre mía, me oyes? Pobre madre, ni aun una losa cubre tu sepulcro! Pero aquí la tienes sobre mi corazón. Tengo lágrimas con que regar tu sepultura y no sé donde depositarlas. Madre mía, eternamente vives en mi alma; ya lo verás cuando vayamos juntos á descansar. Una buena madre no debía morir nunca. Decidlo vosotros, hijos, que la habeis perdido: ¿puede acercarse algo en el mundo al cariño de una madre? Mi padre no descansa aquí: tan unidos como estuvieron en la vida, la muerte los separó en el sepulcro. Si hay un recuerdo mas allá de esta vida, tenedlo para vuestros hijos!...

Estando en el cementerio, dos nuevos huéspedes se presentaron sin pompa, sin acompañamiento..... Y los fueron depositando acá y allá sobre las flores de otros sepulcros. Tan cierto es que el ciprés mismo de las tumbas no es sagrado sino para aquel que le plantó!

En este mismo momento las campanas de la ciudad daban vueltas en señal de regocijo; otros hombres habían venido á ocupar el lugar de los que habían traído al cementerio. El pueblo de ochenta mil almas echa continuamente de su seno cantidad de sus propios despojos: él mismo, en masa, no cesa de avanzar hácia el lugar privilegiado para tragarle. El tiempo no señala un solo instante que no sea dirigido á este lugar. Sobre las calles y las plazas que conducen al cementerio, todo el día se oyen los gritos de la algazara popular, el ruido de las músicas marciales, los cantos y la alegría de los matrimonios, los bailes. Muchas veces se mezclan los convidados del entierro y los de la boda: union singular de las faces de la existencia! union estrecha de la vida y la muerte....

Al verme entre tantos muertos no pude recordar sin emocion á los vivos en el día de difuntos : es la fiesta de los muertos, una fiesta pública. Es en el cementerio en donde es preciso ver la poblacion de todas las edades, de todos los sexos: aquí una familia casi completa : allí un hermano y una hermana ya graves, antes de la época de la razon y el juicio, huérfanos, apoyados el uno en el otro en un mundo tan lleno de escollos; mas allá una madre llorando sobre el sepulcro de su hija, cerca de una hija que llora sobre el sepulcro de su madre. Parece que todo el año el dolor se acalla para revivir en este día solemne: entonces no hay un rincon, por mas retirado que esté, que no venga á dar el eco de un gemido; no hay un lugar en donde pise un vivo, que no oprima con su peso á un muerto, que vino antes que él á rendir homenaje á un polvo humano, de quien el suyo ha ocupado el puesto. El dolor y el enternecimiento están en este gran espacio y manifiestan cuánta bondad recibió el hombre del criador. Al ver este cuadro tan interesante y patético, esta multitud de vivos llorando sobre los muertos, se creeria que el juez supremo ha dicho como Masillon: *mueertos, levantaos; que las tumbas se han abierto para volver su depósito á la luz y á la vida.* Este concurso anual no se renovaria si la tierra no tuviese que recibir constantemente los despojos de tantos padres, de tantos hijos, que dejaron en la vida los que han de llorar su muerte.

Aquí yace el General Campo-verde.

Despues de tantos laureles cogidos en el campo de batalla, y de haber peleado contra los enemigos de la patria, ha venido á descansar al Campo Santo.

Cármén Gonzalez, murió de 19 años.

¿Fué feliz? Puede ser..... Fué buena? Sin duda..... Y quién era? No tenia hermanos, no fué esposa ni madre? Quizá fué huérfana. ¿Quién la trajo á este lugar? Un pro-

tector, un amigo, un hombre sensible? ¡Ah! toda su historia está en la imaginación, en el corazón, en el alma de los que ven su sepulcro. Cuántos se habrán parado aquí para repetir: pobre joven, muerta á los 19 años!

D. Francisco de Paula Guzman, de 10 años.

Qué cruel es tu primer mentira! Cuánto destroza el alma la última palabra de tu madre!

Aquí yace Juan de Dios Gonzalez.

Después de un día de catorce meses, una noche sin fin.

Ni en vida ni en muerte han querido estar separados estos dos esposos, don José Sanchez Villanueva y doña Francisca Palacios, muerto el primero el 10 de mayo, y el otro el 2 de junio del mismo año.

Aquí veo una losa que encierra una madre y una hija, la madre de 96 años y la hija de 60. Si se prestarán aquí el apoyo que en el mundo?

D. Antonio Guidotí, muerto á los 34 años.

*Vierte, oh mortal, sobre esta fría losa
Una lágrima al menos de ternura,
Que demanda una afligida esposa
En su desolación, luto y tristura.*

Don Manuel José del Castillo, muerto á los 19 años.

Ni aun las lágrimas de tu madre han regado tu sepultura. Tu padre llora sobre las dos.

Antonia Fernandez, de 21 años.

Pobre joven! Si tú hubieras vivido bastante para pa-

gar estas palabras que veo escritas por tu madre y que han venido á ser recuerdos eternos....!

Mis ojos buscaron en vano por mucho tiempo una sepultura. Mayquez no mereció el mas pequeño recuerdo á los granadinos. Ellos han dicho quizá: «los grandes genios, como las obras de Dios, duran siempre en la memoria de los vivos.»

Cuando el espíritu ha tenido intimidad con los muertos, es difícil separarse de las tumbas. Se quiere huir y no se puede: si nos retiramos de una tumba nos detienen mil: involuntariamente nos paramos junto á una lápida, una flor, junto á un sepulcro, leyendo un epitafio! Todos los muertos son conocidos á quienes tenemos que hacer alguna pregunta, menos la de su nombre. Ved como me paré yo en frente de una tumba, delante de la cual era un deber mio detenerme. Era la de un amigo. Lei con emocion.

Diego Hurtado, murió de 28 años.

Yo he venido á llorar sobre su sepulcro á los doce de su muerte. Qué diferencia para él y para mí!

Volviendo á mi pensamiento, pensé que yo habia de desaparecer tambien de los ojos de los vivos, y de mí mismo todo lo que vive al rededor de mí. Este guardian de los sepulcros, los enterradores que ejercen su oficio como aquel para quien la vida no es mas que una planta parásita de la muerte, que recorren solos en medio de la noche, del silencio y la oscuridad las calles de este lúgubre laberinto: estos mismos sepulcros, el edificio, todo, en fin, de lo que hay aquí acabará dentro de algunos siglos....

Yo salí enajenado del cementerio, y al volver á ver la ciudad, grité: tú tambien, pueblo soberbio, con tus templos suntuosos, con tus rios, con tus jardines, con tus palacios, vendrás un dia á parar en este lugar, y la vida habrá huido lejos de tus muros.

Exaltado con estas ideas, bajé la colina y me pareció ver un ser inmenso y monstruoso: millares de millares de

piés se movían debajo de una cabeza de muerte. Una impresión profunda é indefinible dominaba mi pensamiento. Sin saber como, yo me elevé al infinito de esos grandes misterios de la naturaleza: nada que desmiente nuestra inteligencia, la creación que es la base, y la eternidad escrita en todas partes. Cuando me acercaba á la estancia de los hombres, descendí á la pequeñez de las pasiones humanas; se me representó rápidamente todo lo que se encuentra confundido en nuestra sociedad, los gritos de alegría y la desesperación: los chifidos de la calumnia y de la venganza; los himeneos de ambición; los cantos de triunfo y de crimen; los esclavos y los libres; la locura... ¡Miserables humanos, acordaos de que no estais en camino sino para llegar á un abismo comun!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

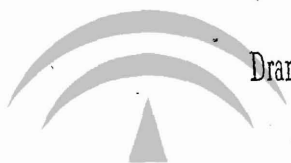
TEATRO.

Noche del 6 de mayo de 1839.

EL ASTRÓLOGO DE VALLADOLID.

Drama original de don José García Villalta, en cinco actos

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
y en verso. Primera representación.



JUNTA DE ANDALUCIA

Cuando veo los hombres, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, abrazar diferentes formas de gobierno, pero que ninguna satisface sus necesidades y que en nada mejoran la sociedad; cuando les miro adoptar una religion en Europa, otra en Oriente, otra en Occidente y otra en América, fácilmente me lo esplico á mí mismo, porque digo: estos son eslabones que el hombre añade á la cadena de su ignorancia.

Pero al ver á este mismo hombre, en nuestra sociedad actual, abrazar todas las creencias teatrales (y permitame el lector esta licencia, ya que se ha de tomar la de cri-

ticar mi artículo) desde Lope de Vega y Calderon, desde Racine y Voltaire, hasta nuestros románticos Dumas y Víctor Hugo, es cosa que no me puedo explicar á mi mismo, como me sucede en los fenómenos de la naturaleza y en otras muchas cosas, que no viene al caso referir. Y si no, hoy se hace una comedia de capa y espada, mañana un drama romántico y estrepitoso, el otro una de costumbres de nuestro fecundo Breton de los Herreros; y todas ellas son acogidas del público con mas ó menos aprecio, segun el mayor ó menor mérito de aquellas; pero oídas, juzgadas y recibidas. Será que marchamos en estas doctrinas por diferentes caminos y que ninguno nos conduce á nuestra casa, mas que los andamos todos para ver si damos con el certero? Será que acabaron todas las creencias en política, en religion y en literatura? O será como en el individuo, que á fuerza de ver malos los hombres los trata á todos igualmente? Será mas bien, que el teatro se acerca á su fin, y como el hombre á las puertas de la muerte recoge todas sus ideas y dispone de sus bienes? O que siendo el teatro una fábula, una mentira, todas las acoge el siglo actual con avidez? Las doctrinas son opuestas, los medios de presentarlas, el objeto en fin; y el hombre que oye el mismo. Nosotros pensamos que el teatro es una diversion, y como tal vamos á oir en él todo lo que nos la proporciona.

¿A qué género pertenece el drama que nos ocupa?

No hace muchos dias que hablando de la ejecucion de Carlos II, tuvimos ocasion de presentar las ventajas y los inconvenientes de los dramas históricos. Si ha conseguido el señor Villalta aprovecharse de las unas y separarse de los otros, ha hecho cuanto á nuestro entender podia y debia esperarse de su ilustracion y talento.

El argumento gira sobre el hecho mas importante quizá de la historia de España: el matrimonio de don Fernando el Católico, infante de Aragon con doña Isabel de Castilla. Que despues de unirse por él las dos coronas que hasta entonces estuvieron divididas, espulsaron los moros de la península y estendieron sus dominios hasta

un Nuevo Mundo, tremolando el pendon español sobre las torres de la Alhambra. De intento omito referir minuciosamente el argumento; porque lo conocen mejor que yo mis lectores.

No hay una entera fidelidad en los personajes; pero sí en el cuadro en general. La accion es lenta, quizá lánguida: porque este es el escollo de los dramas de este género. Si hubiera dado mas vida y movimiento á los amores de Isabel y el paje, quedaba sin ella la conspiracion del arzobispo de Toledo y del marques de Villena; y tan sin movimiento que no podria oirse. Pero en cambio está lleno de ideas, deja ver á primera vista que el que lo ha formado conoce profundamente nuestra historia, y que es uno de nuestros primeros literatos. La versificacion es fácil, algunas veces descuidada, siempre de conceptos; porque le sobran al que ha hecho el drama. Y hemos de tener en cuenta que este se hizo en quince dias y se versificó en ocho ó diez; porque no dejará de pesar esta observacion en la balanza de nuestra critica. Pero la que pesa mas que todas es que en nuestro humilde entender, hacer un drama bueno es el complemento del saber humano, y el que lo hace como el señor Villalta tendrá siempre nuestros elogios y aun nuestra veneracion.

El lenguaje es castizo; puro y aun á veces anticuado, como lo dicen las palabras *tugurio*, *puridad* y otras. Mas nosotros preferirémos siempre este modo de hablar, al que han dado en usar algunos de nuestros escritores y que nos dice que solo nos falta hablar asi para ser franceses. No quiera Dios que nunca lo seamos!

Hay un personaje enteramente episódico en el drama, que es el licenciado Cisneros. Algunos le han creído inútil, yo casi necesario; porque fué de tanta importancia en los sucesos á que el drama se refiere, que no parece posible hacer nada sin él, concerniente á aquella época. Luego, dicen tanto las palabras del Cardenal....! Son de tanto valor en las circunstancias actuales en que la aristocracia del talento lucha con la de los pergaminos! Mas quisiéramos que hablara: tan bueno es lo que dice...!


En resumen, el drama es bueno y está presentado por el director de escena, el señor Romea, con la inteligencia y tino que lo hace todo. Se ha vestido como ninguno de su género, hasta ahora, por todos los actores, y se ha ejecutado muy bien. La señora Matilde Diez nos ha hecho ver en el papel de Isabel, ese sentimiento esquisito de la naturaleza que solo á ella le es dado expresar: todo lo que sale de sus labios llega al corazón. Qué bien espresaron los dos el diálogo del segundo acto! El señor Romea, don Julian, á pesar de lo poco que tenia que decir su papel, lo ha hecho, como todos, perfectamente. El señor Florencio Romea nos gusta cada dia mas por sus maneras finas, por su naturalidad en el decir y por la verdad sin exageracion con que habla. El señor Sobrado, el señor Diez, todos en fin, merecen una particular mencion por su aplicacion y esmero en agradar al público.

Se ha dicho por alguno que prodigamos los elogios, y nosotros creemos que los escaseamos. Cuando hablamos del mérito, de lo bueno, bien tenemos que decir necesariamente. Si habláramos de los que nos critican, probablemente no nos sucederia lo mismo, porque no representan sus papeles en el mundo tan bien como los actores en el teatro. No nos crean tan ciegos que no veamos algunos defectos; pero conocemos que las partes subalternas no pueden ser como las primeras, y vemos que nuestra pluma corre con mucha mas facilidad escribiendo alabanzas. Ademas de que, si alabando nos censuran, ¿qué harian si vieran que decíamos bien de unos y mal de otros?

No queremos concluir este artículo sin manifestar que á pesar de lo que se ha dicho, se sigue fumando en la galeria. Si pudiéramos algo con la autoridad, le suplicáramos que lo estorbara. En todas las cosas de la vida del hombre, un exceso es escala para otro mayor: ademas del peligro muy probable de un fuego á que estamos espuestos, y que traeria sobre la autoridad una responsabilidad inmensa.

ME VOY

ADOLIEGO



Triste y melancólico, por demas, he estado en el artículo anterior del cementerio: tristeza y melancolía que me habrán disimulado mis lectores, porque conocen que no siempre estamos para bromas, y porque hablan en mi favor motivos muy poderosos, que aunque no les importen á nadie, me importan á mí y quiero referirlos para justificarme. Este será un desahogo como el de mi anterior artículo, que tambien espero me disimulen.

Figuraos, en primer lugar, que aunque en una edad todavia razonable para gozar salud, no la tengo: porque la he ido sembrando acá y allá en el campo estéril de la vida, ó porque la he perdido: lo cierto es, que no la tengo. Figuraos que no tengo tampoco dinero, porque no lo he heredado y porque no lo he sabido ganar. En este punto tengo muchos amigos á quienes les sucede lo mismo, y como buen tonto me sirve esto de consuelo. Figuraos tambien, que yo tenia un corazon, y cometí la sandez de entregarlo á una mujer. Los que lo hayan dado podrán calcular lo que me habrá sucedido. Figuraos, por otra parte, que yo le parezco mucho á aquel corregidor de Antequera á quien le dió tabardillo porque á su vecino le cortó mal el sastre un chaleco, y que, como

consecuencia de mi manera de ser, siento mis males y los ajenos, y no hay una sola vez que me alegre del del prójimo. Figuraos, en fin, que en este mundo de pasiones, de miseria, de intrigas, de mujeres, de política, de guerras civiles, de poco dinero, de tontos y discretos que escriban, tuve yo la sandez de echarme á escritor público: sandez que no sé á donde me va á llevar, y qué me temo que suceda con ella lo que á la otra que dejó á su amante por un mono, porque decia la hacian gracia los moines del hocico saliente de su adónis. A mí me hará gracia, quizá, alguna mona que se meterá en el primer agujero que encuentre; pero que me separe de esta maldita mania de escritor.

Con todas estas figuraciones, podeis figuraros si yo tuve razon, no digo para ir al cementerio, sino para enterrarme vivo en la primera sepultura que encontrara abierta.

Justificado para con mis lectores por esta sencilla y verídica narracion, veamos si encuentro algo con que pasar el rato, para que lo pasen despues con lo que yo diga; porque mientras yo murmuro en general y sin aplicacion ninguna, me malicio que murmuraran de mí en particular. Es un cambio que hacemos, y como buenos gitanos no sabemos quien ganará en él; en la vida todo se cambia, unos dan amor verdadero para que los engañen y les paguen con la moneda falsa de mentirosa correspondencia; otros toman amistad y dan ingratitud; otros quieren engañar á la sociedad y se engañan á sí mismos; de modo que en este mundo, el mejor de los posibles, todo es mentira, ó lo que es lo mismo, todos nos engañamos unos á otros. Yo mismo os doy este artículo como de algun valor, porque si no lo creyera así, no lo daria, y vosotros lo calificareis de malo como sin duda merece.

Como soy tan melancólico y he visto desaparecer una á una todas las ilusiones de mi vida, no me ha quedado mas que el arbusto seco y sin ramas de la realidad, que ni aun sombras puede dar al viajero. Quizá cuando pinto, mis colores sean fuertes: no echarme á mí la culpa:

para retratar la verdad es preciso hacerlo así. De otro modo me creeríais engañoso, y por todo quiero pasar menos por embustero. Hay tantos que mientan por mí, que bien puedo yo escusarme de hacerlo. Creo que no habrá mucho equilibrio en mi artículo entre el preámbulo y el fondo; pero, qué importa? lo hay en alguna cosa? las excepciones no me gustan en nada ni aun en favor mio.

En Granada parece que no hay vida para los hombres sino en el Liceo. Allí se enseña y se aprende; se leen todos los periódicos; se pinta, se canta: hay algo, entre los de mas confianza, de sabrosa crónica: una sincera amistad une á algunos de sus individuos; y el alma, como que se ensancha en este dulce comercio de la vida: parece, cuando nos hallamos en él, que salimos de la cárcel ó de caminos tan escabrosos como son nuestras calles; en las que está el ciudadano espuesto á romperse mil veces al dia las piernas pues que son un precipicio continuado como la vida del hombre. ¡Qué de agujeros en el suelo! qué de rejas saliéndose de las paredes queriendo agarrar al primero que pase! Muy buenas para amantes, pero muy malas para el infeliz que tiene que andar de noche por las calles; y mucho mas si el calendario trae escrito, *luna*. Aunque llueva, truene y así haya luna como bien para los españoles, de seguro no habrá luces. Somos tan creyentes, que por nada dudamos de lo que determinó el criador.

¿Pues no andemos por las calles. ¿Por qué no vamos al paseo? Es tan repetido este drama! Siempre las mismas personas, las mismas cosas y acciones, el mismo desenlace. Estoy seguro de que el que haya ido un dia de fiesta al paseo, puede decir que ha ido siempre. Y digo dia de fiesta, porque en los demas no va nadie. «Juanita trae el mismo vestido del domingo anterior: el mes que viene se casa Dolorcitas: ¡y qué buena boda! Han dado en decir que es tan guapa! Yo no la encuentro así.» «Aunque la infeliz no se haya peleado nunca y sea una cordera» «Antonio está de monos con su querida pues no se miran» Aquí un elegante que se puso los adornos al espejo, y por

nada deja su postura. Allí una necia que cada domingo cree haber enamorado á ciento y pasan cien domingos sin que ninguno se llegue á ella. Nada, nada, monotonía fastidiosa: el paseo, hace siempre volver al Liceo. Pues vamos á una tertulia de gran tono: donde es preciso adornarse de la misma manera que se pudiera hacer para ir á una concurrencia nueva, y donde hay siempre los mismos y las mismas, que saben el que se desayunó chanfaina, el que comió coles, quién debe lo que trae puesto, el origen de todos. Aquí se canta y se baila; una etiqueta fastidiosa preside comunmente estas reuniones.

Me voy á una de medio pelo. Aquí todo varia enteramente. Lo primero que V. ve, es que no se ve; es decir, que no hay luz. El novio al lado de la novia, bien separaditos de los demas para no contagiarse. El oficio de esta reunion casi todo el tiempo que dura, es murmurar á no ser que la niña de la casa le estropee á V. alguna cancioncita, ó le toque algunas variaciones á la guitarra; que variaciones son ellas, segun lo que le hacen á V. variar de gusto por la música. El primer dia se apaga la luz por la sencilla razon de no haber aceite; el segundo se pierde el dinero jugando ó se lo piden á V. prestado; el tercero ó hay una de chismes que arde el tasco, ó le dicen á V. ¿cuándo se casa con la niña? Nada, no quiero tertulias.

Me voy al café. Qué ruido! ¿qué hacen esos para alborotar tanto? Unen fichas á fichas, juntan ladrillitos pequeños ya que no pueden juntar ideas. No conocen que incomodan á todos? Por qué no hablan y gozan del dulce comercio de la vida? Por qué no murmuran en un pais donde hay tanto motivo para hacerlo, como yo por ejemplo? En este maldito juego del dómينو ni trabaja el entendimiento ni la voluntad: parece que el hombre cuando juega es materia neta. Me voy de aquí; quién puede sufrir este ruido!

A mi casa y á estudiar. No he visto ningun libro que haya libertado al hombre de sus pasiones, de un picaro, de una coqueta, en una palabra, de si mismo. Los libros

nada han enseñado al hombre para su bien: despues de haber estudiado toda la vida sabe que no sabe nada. Un gran filósofo lo ha dicho; Voltaire: el saber, la filosofía y la virtud, no valen nada contra las pasiones.

Me voy al teatro. ¿Será preciso refugiarse á un templo de dioses para libertarse de los hombres? Ademas de que segun va el teatro, pronto será una taberna. Gritos, bufonadas, fumar, todo se permite en el teatro: y muchas noches ni aun puede oirse á los actores. Aquí uno habla con otro ó se anticipa en los versos que deben oirse del actor para hacer ostentacion de saber, y dice griyos, en vez de grillos; allí otro hace señas á su querida; mas allá sale aquel cien veces, y en la mejor escena, y la mas interesante; un niño llora en la cazuela y acaba con todas las ilusiones, por que su madre no quiere ni dejar de traerlo, ni perder la diversion; y aunque fastidie hasta á la España que está pintada en el telon de boca, se divierte ella y esto basta.

Pues me voy á cazar al campo. Nunca he sido aficionado á cazar, sino alguna que otra ganguilla; y ni aun esto me gusta ya. Soy en este punto de la opinion del que dice; que el campo para los brutos, el aire para las aves, no de rapiña, porque estas se han venido ya á poblarlo; el mar para los peces y el pueblo para los hombres. Ademas de que la caza tiene los inconvenientes del frio, del calor, de que no hay allí mujeres, que aunque dejen á uno mas frio que la nieve y den mas tabardillos que se pueden tomar en el campo en el mes de julio, no sé lo que tienen que siempre me gustan. En una palabra creo mucho mas racional comerme la caza en mi casa, que ir á buscarla al campo.

Me voy al Liceo: al Liceo, donde no hay peligro de romperse las piernas, ni tertulias, ni ruido de dómينو, ni quien interrumpa é incomode como en el teatro, ni molestia como en la caza. Me voy al Licco; estoy decidido, á no ser que alguna señora me necesite; que en este caso, los de la Alpujarra somos muy galantes y todo yo estoy á su disposicion.